



UN AMOR INCREÍBLE

Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña. ¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros.
(Marcos 12:6-9)

¿Qué aconsejaría a Dios? Yo le gritaría desde este lado de la eternidad: "¡No lo hagas! ¡No envíes a tu Hijo amado a unos arrendatarios que ya mataron a tus siervos!"

El mejor indicador de la futura conducta de alguien es lo que hizo en el pasado. Todo ese tiempo, los arrendatarios de la viña habían demostrado que no querían dar al dueño lo que le correspondía por derecho, y que en vez de hacerlo, matarían a quien el dueño les enviara.

Pero el dueño no se da por vencido. El último emisario que envía es su propio hijo, y no es un hijo común y corriente.

El padre no lo mandó para librarse de él. El hijo no era un simple jefe de operaciones de la compañía, ni un representante del padre en sus negocios. No, de ninguna manera; era el hijo "amado".

Seguramente, el padre sabía el riesgo que corría, porque estaba consciente de la manera en que todos sus siervos habían sido tratados. Y el hijo tampoco se mostró renuente a ir cuando el padre decidió enviarlo.

Los arrendatarios no habían cambiado. No tenían consideración alguna por aquel que había hecho posible que ellos se ganaran la vida. Querían apoderarse de lo que no era suyo, y controlarlo.

¿Acaso no es ese el problema de toda religión organizada, la tentación de apoderarse de lo que es de Dios? Y hasta al mismo Dios le impiden recuperar su Iglesia. Los líderes religiosos y las jerarquías pueden dar por sentado con

demasiada facilidad que la Iglesia es de ellos. ¡Sin embargo, no es así!

Hasta en la época del Nuevo Testamento tenemos una imagen de un Jesús que está fuera de su propia Iglesia, y que toca a la puerta para que lo dejen entrar (Apocalipsis 3:20). Lo que es cierto en cuanto al cristianismo organizado, también lo fue para el Israel al cual vino Jesús. Los líderes religiosos amaban su religión mucho más de lo que amaban a Dios. Se sentían orgullosos de sus ceremonias, sus ritos, y sus ingresos, más que de Aquel que les había dado todo aquello.

Posiblemente Jesús se sintió profundamente conmovido cuando refirió la historia de los arrendatarios de la viña. Al fin y al cabo, Él es el Hijo que va donde los arrendatarios, los cuales, a través de la historia de Israel menospreciaron, golpearon, o mataron a los profetas que le precedieron. Jesús sabe también que en lo profundo de su corazón, ellos reconocen que Él es el Hijo. No están matando a un farsante. Odian al Hijo, porque odian al Dueño.

La crucifixión de Jesús por parte de la religión establecida no fue un caso de identidad equivocada. Muy dentro de sí, ellos sabían lo que estaban haciendo. Eso es lo que Jesús quiere expresar en esta historia.

Pero la paciencia tiene su límite. La esperanza de que alguien cambie dura un tiempo, hasta que se llega a un punto sin retorno.

Jesús sabía que los líderes religiosos que se le opusieron habían llegado a ese punto. Ya habían tenido muchas oportunidades de decir que "sí" a Dios.

Esta historia también tiene una aplicación personal. Nosotros también podríamos resistir la gracia de Dios durante tanto tiempo, que lleguemos a un punto del cual no hay regreso. ¡Que eso nunca te suceda! ■

GEORGE O. WOOD es superintendente general de las Asambleas de Dios.

Envíe sus comentarios a ep@ag.org.

Señor Jesús, ayúdame a entender siempre que no soy el dueño de mi vida. Permite que nunca quiera adueñarme de lo que es tuyo por derecho.

Oración de respuesta